

LA SAETA

—Díselo a Melquiades.

—¿Y que te crees, que no se lo he dicho?

—¿Entonces...?

—Entonces, ya te lo puedes imaginar: que nada todavía.

—Bueno, pero la verdad es que llevamos cuatro meses y... ni una «gorda». Y, ¿sabes lo que te digo, Severiano? —continuó Paco con manifiesto malhumor— que desde el lunes no echo ni una hora.

—¡Hombre...! Piensa —argumentó Severiano con mayor serenidad— que esto tiene que arreglarse y que Melquiades está muy encima del asunto. De todas formas ya queda muy poco para que se termine la vía y, al fin, no tendrán más remedio que «soltar» lo que deben.

—Mira, Severiano; a mí ya me pasó una cosa parecida cuando lo del ferrocarril de Cinco Casas y para cobrar ochocientas cochinas pesetas, que me debían de horas extraordinarias, tardé siete meses. Y hay que comer, Severiano.

—Bueno; para eso dirán que ya tienes suficiente con las bases y que lo otro... vendrá cuando lo autorice Madrid. Y creo, Paco, que lo mejor es callar en este caso y... seguir adelante. Los ferrocarriles de la M.Z.A. son fuertes y a la postre pagan. ¡Claro que pagan!

—Tú, Severiano, como estás soltero, se vé que no tienes muchas prisas, pero yo soy diferente; yo tengo tres hijos y lo de las extras lo tenía preparado para el gorrino..., para el gorrino y para las ropas de los chiquillos —agregó Paco sin olvidarse de su enojo.

—Bueno, hombre; no te enfades. Si al fin y al cabo te van a dar lo mismo.

—Me darán lo mismo, Severiano, pero si antes de Semana Santa no cobro, éstos me tienen que oír. Tú ya

sabes que no tengo pelos en la lengua y que estoy defendiendo mis derechos. Fíjate que soy capaz hasta de escribir unos versos, pues conoces lo aficionado que soy a eso de los versos, y tirarlos en papeles por el pueblo —sentenció Paco decidido.

—Y no conseguirás nada —repuso agorero Severiano.

—Por supuesto, quien dice lo de los versos puede decir otra cosa, pero los de la M.Z.A., me tienen que oír...

En las inmediaciones de Alcázar de San Juan, y en el tramo férreo que conduce a Villacañas, se estaba tendiendo un nuevo ramal, dependiente de la línea Madrid-Zaragoza-Alicante. Y como quiera que las obras exigían de urgencias, todo el personal que trabajaba en el ferrocarril había sido invitado a quehaceres extraordinarios. Naturalmente, siendo épocas de mengüados oportunismos, y habiendo más necesidades que harturas, raro fue el técnico, capataz o peón que se quedara al paio del «convite» cursado por la Compañía, siendo una muy buena parte de los operarios los que se acogieron al «amor» del sobresueldo, ignorando lo escurridizo que había de ser el pago de las extras.

Entre el peonaje, trabajaba un tal «Toño», algo mengüado de inteligencia, pero con indudable voz de divo. Cantaba por lo flamenco como los propios ángeles y dado que el trabajo, por su especial continente, permitía con frecuencia coplas y chascarrillos, «Toño» se prodigaba por fandangos y alegrías, manifestaciones éstas que en parte venían a suavizar los naturales enojos de los compañeros ante la incertidumbre de los trabajos extras.

Como lo del sobresueldo no tomaba soluciones y el capataz, Melquiades, no pudo informar a su gen-

te de mejores resultados, Paco, más molesto que otras veces, se puso en contacto con «Toño», tramando algo que, en definitiva, pudiera conducirlo al logro de sus propósitos y, por afinidad, al de sus compañeros...

Llegada la Semana Santa, Alcázar de San Juan se dispuso, como otras poblaciones, a la celebración de las fiestas religiosas.

Tenían fama de Alcázar las procesiones penitenciarias y su realce era el fruto de las rivalidades habidas en las distintas Cofradías, que se esmeraban por el orden, la disciplina y la factuosidad. Naturalmente, y para evitar recelos, el Ayuntamiento y las «fuerzas vivas» de la población tenían que distribuir, con mucho tacto, su presencia en los distintos desfiles...

Marchando entre músicas reverenciales, penitentes y cirios, hizo presencia en la plaza la imagen de Jesús Nazareno. El «paso» era un conjunto escultórico de indudable prestancia. Todo él estaba profusamente iluminado y sobre los pies descalzos de la imagen se repartían multitud de rosas y claveles.

Llegado el «paso» a la altura del Ayuntamiento, desde un rincón surgió potente y bien timbrada una «saeta»... Paróse la imagen, según costumbre; descongestionáronse sus portadores, se detuvo el clero, se incomodaron los municipales por la imprevisión de la copla, acalló la Banda y silencióse el pueblo... Entonces, apenas perceptible el murmurar del gentío, oyóse a «Toño», musiquero y agudo, entonar esta «saeta»: «Míralo por dónde viene descalcito y sin sandalias, esperando que le paguen las horas extraordinarias...». ■